

LA DECADENCIA ESPIRITUAL ANTE LO CARNAL EN LA CARNE, DE VIRGILIO PIÑERA

THE SPIRITUAL DECAY OPPOSITE TO CARNAL, IN LA CARNE, FROM VIRGILIO PIÑERA

Naiara Gomes Morante¹

RESUMO: Apresentamos neste artigo uma análise do conto *La carne*, do escritor cubano Virgilio Piñera. Sob a perspectiva da tradição judaico-cristã, fazemos uma leitura do texto como um conflito entre o espiritual e o carnal, por meio da trajetória decadente de um povo que, ante uma situação de falta de carne, decide por alimentar-se de si próprio. Pretendemos mostrar, em três etapas, o princípio da decadência, a submissão e o perecimento da população, que se sacrifica para poder realizar seu desejo, sem se importar com as consequências de seu ato: a morte, tanto moral quanto física. Para tal, nos baseamos nos símbolos religiosos e nas referências e imagens bíblicas presentes no conto.

PALAVRAS-CHAVE: Carne. Decadência. Sacrifício.

1 INTRODUCCIÓN

Quizás el mayor conflicto humano sea la idea de la vida y de la muerte, y la eterna lucha entre lo espiritual y lo carnal. ¿Crear que hay algo “más allá” que nos aguarda después de la muerte y privarnos de los placeres carnales para lograrlo, privilegiando el espíritu? ¿O usar el cuerpo para autosatisfacción mientras la única certeza es la vida que tenemos aquí en la tierra? ¿Hasta qué punto el ser humano puede llegar en su búsqueda de saciedad sin que eso comprometa su entorno y a sí mismo?

Partiendo de esas indagaciones, proponemos en este trabajo una lectura del cuento *La carne* (*Cuentos fríos*, 1956) del escritor cubano Virgilio Piñera (1912-1979), cuyo objetivo es trazar la trayectoria decadente de un pueblo que, ante sus deseos carnales, se olvida de todo lo que pertenece al espíritu, llegando a su propia consumación. Antes de empezar, es importante resaltar que el elemento *carne* es un constituyente de la literatura de Piñera como metáfora del cuerpo: a veces, es el sacrificio y el placer; a veces, es el elemento mutilado; y, a

¹ Estudante de Licenciatura em Letras com habilitação em Espanhol da UNESP - Universidade Estadual Paulista “Júlio de Mesquita Filho”

veces, es la decadencia, como proponemos en este estudio. Especialmente tratándose de los textos reunidos en *Cuentos fríos*, el relato del narrador es frío, aunque todo lo que pasa en las narraciones provoque algún sentimiento, sea el de repulsión, de incompreensión, o de angustia.

Tomando en cuenta preceptos de la tradición judeo-cristiana, además de todo el entorno simbólico que involucra la *carne* y comparándolos, pretendemos mostrar la inversión de la lógica religiosa del sacrificio del cuerpo en detrimento de un fin mayor (la vida eterna), que en el cuento se realiza con lo que sería el acto más carnal posible: el comerse a sí mismo. Las imágenes y otros símbolos bíblicos, bien como referencias a lo que se considera sacro y profano, también contribuyen para formar el ambiente anticristiano en el que se basa el análisis propuesto.

2 LA SIMBOLOGÍA DE LA CARNE Y LA NOCIÓN DE SACRIFICIO

Desde el título del cuento se denota la importancia del símbolo primordial del texto: la carne. Según la tradición cristiana, la carne es el elemento que se opone al espíritu: mientras el primero se refiere a lo que es terrenal, el segundo se refiere a lo que es celestial. Todo lo que es carnal y humano pertenece a este “mundo”; el mundo de Dios es el mundo espiritual, al cual no se puede acceder sirviendo al cuerpo, sino al espíritu; por lo tanto, los deseos carnales deben ser renegados y combatidos. Entre tanto, la carne puede ser usada como medio para aproximarse al espíritu de Dios, mediante sacrificios y renunciaciones; un ejemplo es la tradición católica de no comer carne roja en la Semana Santa. El sacrificio más grande que alguien, Jesús, hizo por la humanidad fue sufrir, además de toda una orden de insultos morales, mortificación total de la carne del cuerpo. El cuerpo humano, ofrecido en expiación, significó la redención de la humanidad: la carne fue masacrada, pero el espíritu se mantuvo intacto.

¿Y por qué abstenerse de carne? Porque todo lo que se refiere a este elemento involucra tanto placer como sacrificio. Cuando el hombre deja de comer carne en los días santos, hace memoria a Jesús; renuncia a sus necesidades para buscar la satisfacción en Dios. Y se trata tanto de una abdicación física cuanto espiritual, pues en estos días se invita a la gente a reflexionar de modo intenso sobre sus actitudes, con la intención de que abandone la vida de pecados y se convierta a Dios.

La carne desea cosas que son temporales, pasajeras y que dan la satisfacción momentánea, mientras el espíritu se preocupa con lo eterno –aunque, para lograrlo, pase por

muchos sufrimientos en la tierra—. Si queremos la verdadera vida, ofrecida por Dios, es necesario que nos alejemos del pecado para que sintamos las cosas espirituales; por lo tanto, lo importante es alimentar el espíritu: con valores, virtudes, oraciones, y fortalecerlo para que no caiga en tentación, como leemos en Ro 8, 1-6 (Sagrada Biblia):

No hay, pues, ya condenación alguna para los que son de Cristo Jesús, porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado y de la muerte. Pues lo que a la ley era imposible, por ser débil a causa de la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado, y por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu. Los que son según la carne sienten las cosas carnales, los que son según el espíritu sienten las cosas espirituales. Porque el apetito de la carne es muerte, pero el apetito del espíritu es vida y paz.

Todavía de acuerdo con la tradición cristiana, el diablo sensibiliza la carne para que haya el deseo de pecar y por ahí tienta al hombre, alejándolo de Dios, el creador de los seres humanos: “aparece [la carne] como una potencia diabólica que habita en el cuerpo del hombre, el diablo en el cuerpo” (CHEVALIER, 1986, p.126).

Sobre la noción de sacrificio, el Antiguo Testamento hace referencia a un acto de total entrega y reconocimiento del Dios único. Era la manera enseñada por Él de acercarse, de reconocer las gracias concedidas, de suplicar y de pedir perdón por las faltas que se cometían. Entre tanto, para que valieran los sacrificios, éstos debían hacerse con sinceridad de corazón, característica que, con el paso del tiempo, la gente fue perdiendo, de modo que en el Nuevo Testamento ya no se exige sacrificio con sangre de animales, sino que el sacrificio redentor es la crucifixión de Cristo, el Cordero de Dios.

A continuación, iniciamos la lectura crítica del cuento, en tres etapas. Primero, explicamos el principio de la decadencia del pueblo; después, demostramos su sumisión a la carne y, por fin, acompañamos la caída completa de la gente: su perecimiento, tanto de cuerpo como de alma.

3 EL PRINCIPIO DE LA DECADENCIA: LA FALTA DE CARNE

Sucede que, un día, faltaba carne en la alimentación de un pueblo. No hay explicación para lo que ocurre, todo pasa de modo sencillo. Pero, el conflicto empieza porque la población no consiente vivir sin carne, así que, no habiendo carnes de animales, las personas decidieron comer las suyas. El alimento, llamado “precioso” a lo largo del cuento,

era extremadamente “amado” por la gente, de manera que las personas se pusieron nerviosas, inconformes con la situación de ya no tenerlo.

Podemos notar, por primera vez, una alusión a uno de los siete pecados capitales, la ira: “Todo el mundo se alarmó y se hicieron comentarios más o menos amargos y hasta se esbozaron ciertos propósitos de venganza” (PIÑERA, 2006, p. 15). Por estas manifestaciones de rabia debido a algo que solamente sirve para alimentar a lo transitorio, empieza la degradación del espíritu. Notemos que la gente no moría de hambre, pues había vegetales disponibles para consumo; el problema es que ya no tenía el alimento que le daba *placer*.

¿Cómo la gente lidia con esa falta? Debido al hambre, o sea, la necesidad de vida que pedía el cuerpo, iban “engullendo” vegetales, pero uno de los habitantes buscó su propio medio de obtener carne: cortándose un “hermoso” filete de su nalga izquierda. El hecho de que una persona corte su propia carne y se la coma parece absurdo, pero Ansaldo lo hace. Ansaldo, el hombre que debería ser “sal de la tierra”, por la propia composición de su nombre, fue quien diseminó la práctica del “devorarse a sí mismo” entre su gente.

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa ¿con qué se salará? No vale más que para tirarla fuera y que la pisotee la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero para que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos (Mt 5, 13-16).

Ansaldo logra dar sabor a la vida, que antes había quedado sosa debido al hecho de ya no haber carne para que se alimentara la población. De esa manera, funciona como la sal y como la luz –que Jesús dijo que sus discípulos deberían ser en la vida de las personas–, pero, de un modo inverso, porque enseñó una forma en la que las personas sirvieran a su deseo carnal. Él fue quien tuvo la luz, también; fue el primero en tener la idea y en divulgarla entre la gente, pero la conducta que propuso, aunque significara para aquella gente afligida por carne su “luz”, la llevó a su propio fin. La “buena obra” realizada por Ansaldo sirvió para glorificar a los propios hombres en la tierra: a su carne y a su cuerpo.

Con gran tranquilidad se puso a afilar un enorme cuchillo de cocina, y, acto seguido, bajándose los pantalones hasta las rodillas, cortó de su nalga izquierda un hermoso filete. Tras haberlo limpiado lo adobó con sal y vinagre, lo pasó –como se dice– por la parrilla, para finalmente freírlo en la gran sartén de las tortillas del domingo. (PIÑERA, 2006, p.15).

El cuchillo, simbólicamente, está involucrado con la idea del sacrificio. Por ejemplo, Abraham (como podemos leer en la biblia), estaba dispuesto a inmolar su propio hijo Isaac, el unigénito, porque Dios así lo había pedido; aunque lo amara mucho, amaba y temía más al Señor. Pero, en el caso de Ansaldo, no se iba a realizar ningún sacrificio para el Señor, sino que el “banquete” era para satisfacción propia, y, claro está en los escritos sagrados, que los sacrificios que los hombres realicen deben dirigirse al Señor.

También, podemos observar que Ansaldo empieza su acto retirando un pedazo de la nalga izquierda. El corazón se queda en el lado izquierdo del cuerpo y es un elemento que representa las emociones, los sentimientos y el alma del ser humano. Cuando Ansaldo inicia su ritual de esta manera, podemos suponer que ya está eliminando esta parte de su vida que nos une al Padre.

Además, es interesante notar la referencia a la sartén *de las tortillas de domingo*. Se considera el domingo el día del Señor, día especial que la iglesia reserva para rendir culto a Dios, exactamente para que dejemos todo lo que involucra la carne —el cuerpo— y sirvamos al único Señor de la vida. Es un día para estar espiritualmente conectado con Jesús, arrepentirse de las faltas cometidas y buscar ser un hombre nuevo, según las leyes de Cristo. Pero, ¿qué hace Ansaldo? Profana el día del Señor con su acto lujurioso, tal vez el acto carnal más lujurioso ante el cristianismo: el de un humano que come su propia carne.

4 LA SUMISIÓN

En la doctrina cristiana, se deben evitar los pecados, porque el acto repetitivo de pecar lleva a la pérdida de los sentidos y de los lineamientos del espíritu, de modo que las personas se quedan como ciegas. En el cuento, la ceguera impide que las personas vean su degradación y se den cuenta de lo que está pasando, o sea, que están desapareciendo una a una —que ellas mismas van a desaparecer. Sus ojos están cerrados, y, como se nota en el texto, no se concluyen pensamientos acerca de lo que pudiera estar pasando con la población que simplemente desaparece: “Pero se iba viviendo, y era lo importante, ¿Y si acaso...?” (PIÑERA, 2006, p.16). Puede ser que la gente no quisiera ver lo que estaba ocurriendo, y eso se configura, en ámbito metafórico, como la peor ceguera que existe: la de los que, viendo, insisten en no ver.

Teniendo en cuenta que lo importante es alimentarse de carne, las personas siguen esta lógica porque viven “conforme la carne”; si vivieran conforme el espíritu, buscarían otras

alternativas que no llevaran a su propia destrucción, aunque no fueran tan placenteras como el acto de comer el “precioso alimento”. Como dice el narrador, hay la posibilidad de sobrevivir a partir de los vegetales, que son la propia naturaleza en sí. Ellos representan la armonía y la vitalidad, pues fueron creados de manera que no hacen daño a nada y fructifican pacíficamente en la tierra. Por eso, se puede decir que se opone a la carne animal, que se obtiene por medio de la muerte. Es el color verde –de vida, en contra del color rojo –que, en el caso de este cuento, se relaciona con la muerte. Todo se muestra irónico. Si se quiere la carne para mantenerse vivo, ¿cómo continuar comiéndosela si eso llevará a la muerte? Pero, como relata tranquilamente el narrador, el hecho de que la gente estaba desapareciendo no tenía que ver con su objetivo. La población se decide por la muerte, o sea, actúa de modo consciente en su sumisión y decadencia.

Mientras tanto, la decadencia está no sólo en lo referente estrictamente a lo espiritual, visto que se pierde también todo lo que es moral, se pierde la humanidad, se pierden las relaciones interpersonales. Podemos notar que las personas van perdiendo sus características humanas, lo que las caracteriza como criaturas de Dios, hechas a Su imagen y semejanza; por ejemplo, las mujeres ya no usan sus sostenes, pues ya no tienen senos; si ya no tienen senos, tampoco pueden alimentar a sus hijos con la leche materna y, de ahí, tampoco pueden tener bebés y generar y mantener una vida. En fin, las personas ya no son personas, sino que son “excrementos”, o sea, lo que de más insignificante puede existir; ya no son nada.

Los sentimientos humanos, venidos del alma, poco importan; la gente es fría y sólo le importa su persona. La propia frialdad se encuentra en lo que sería una demostración de “justicia”, cuando Ansaldo va a mostrar “a las masas” cómo adquirir su propio alimento: “Y declaraba que dos filetes y no uno, pues si él había cortado de su propia nalga izquierda un hermoso filete, justo era que la cosa marchase a compás, esto es, que nadie engullera un filete menos” (PIÑERA, 2006, p.15). Hecha en plaza pública, la demostración se asemeja a un ritual pagano, sanguinolento, donde las personas están deslumbradas ante la posibilidad de realizar su intento.

Y, por otro lado, el alcaide, quien debería firmar una condenación, no lo hace, pues ya se había comido las puntas de los dedos. Allí está un acto de justicia –según la ley del pueblo– que no se cumple debido al representante de la ley que se dejó llevar por su deseo de comer carne: “[...] el alcaide del penal no pudo firmar la sentencia de muerte de un condenado porque se había comido las yemas de los dedos [...]” (PIÑERA, 2006, p.17). Las

manos, simbólicamente, representan las actitudes; sin las manos, el hombre se queda impotente, no puede hacer nada. El alcaide, debido a su lujuria por carne, se torna impotente, y más, funciona como imagen de la sumisión y pasividad ante éste elemento.

Además, cuando en el inicio del cuento el alcalde propuso que cada uno se alimentara de sus propias reservas, o sea, que cada uno se mantuviera a si mismo, se abstiene del “problema público” creado –que sería su deber, como responsable por la gente, resolver. De ese modo, el alcalde se libra de “su responsabilidad” y contiene a la gente proveyendo lo que desea.

Continuando con las referencias a los pecados capitales, podemos percibir en el texto la crítica a la gula. Por ejemplo, uno de los habitantes más gordos del pueblo, quien debería tener “reserva” de carne por más tiempo, se desvanece rápidamente:

Sólo se sabe que uno de los hombres más obesos del pueblo (pesaba doscientos kilos) gastó toda su reserva de carne disponible en el breve espacio de 15 días (era extremadamente goloso, y por otra parte, su organismo exigía grandes cantidades). Después ya nadie pudo verlo jamás (PIÑERA, 2006, p.16).

De hecho, la carne humana ya había ganado status de comida, como observamos en el uso del vocablo *reserva*, y también por la normalidad en tratarse aquélla como la carne disponible. También, como percibimos a lo largo del cuento, el lenguaje se vuelve al campo semántico del verbo “comer”, como cuando el bailarín del pueblo invitó a la gente a verlo cortar su último pedazo de carne: “En medio de un sanguinolento silencio cortó su porción postrera” (PIÑERA, 2006, p.16); la carne humana se convierte en “porción postrera”, como de las que compramos en la carnicería. También notamos este tratamiento cuando, más tarde, la gente sigue los “consejos” de Ansaldo, cortándose su carne frente a todos, sin ningún tipo de inhibición: “En la calle tenían lugar las más deliciosas escenas” (PIÑERA, 2006, p.16). Así, se trata la carne del cuerpo humano como si fuera la carne de algún animal, identificada por nombres dados a las carnes animales comercializadas y, también, se utilizan, en la descripción, adjetivos como “deliciosas” –que se relacionan con el acto de comer.

Además, no se dice que alguien haya buscado al hombre obeso que desapareció rápidamente (a respeto de quien hablamos sobre el pecado de la gula) o haya intentado verlo, porque el espíritu humano ya estaba degradado; las personas se preocupaban por sus deseos y no querían saber de lo que pasaba con las otras. Ni dos señoras que hacía mucho no se veían pudieron saludarse, porque se habían comido los labios. Hasta la amistad se rompe a causa de

las ambiciones de la carne. El amor al prójimo, unos de los preceptos más importantes de Jesús, como se muestra en la cita abajo, es olvidado por la gente:

Él le dijo: Amarás al señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas (Mt 22, 37-40).

Como percibimos en el texto, el pueblo no tiene amor a Dios, a sí mismo y mucho menos a sus prójimos.

A la carne humana también se le otorga valor de dinero: “Se hicieron cálculos acerca de cuánto tiempo gozaría el pueblo de los beneficios de la carne” (PIÑERA, 2006, p.15). ¿Cuáles serían los beneficios de la carne, si el tiempo de la vida ya estaba contado? Está allí una contradicción, pues algo que lleva alguien a la muerte no le puede ser benéfico:

Que la población fuera ocultándose progresivamente nada tenía que ver con el aspecto central de la cosa, y sólo era un colofón que no alteraba en modo alguno la firme voluntad de aquella gente de procurarse el precioso alimento (PIÑERA, 2006, p.17).

En el trecho citado podemos percibir la utilización de la ironía para hablar de la gente angustiada por carne. La muerte de la población no importaba, pues el aspecto *central de la cosa* era estar alimentado del *precioso* alimento, la carne. Aquellas personas buscaban su comida, pero, mientras hacían eso, únicamente sustentaban el cuerpo; el precioso alimento, según la tradición cristiana, sería justamente aquel que llevara en dirección al sustento espiritual y no material, pues el cuerpo perece después de la muerte, al contrario del alma, que vive eternamente.

Además, como leemos en el cuento, las personas también pierden su lengua: “Y algunas, no todas, no hablaban ya, pues habían engullido su lengua, que, dicho sea de paso, es un manjar de monarcas” (PIÑERA, 2006, p.16). La lengua, al mismo tiempo que es lo que permite sentir el sabor de los alimentos, distingue lo que es bueno de lo que es malo, de manera que funciona como un órgano de discernimiento, y, en ese sentido, cuando las personas ya no poseen su lengua, se puede reforzar, una vez más, la idea de la sumisión: ya no hablan, no dicen lo que quieren de su vida, simplemente actúan.

5 EL FIN DE LA JORNADA

La muerte no representó un freno; la gente siguió buscando el alimento –precioso para el cuerpo, y no para el alma. Es lo que la gente continuó haciendo; no le importaba los otros y no le importaba su propia persona, desde que pudiera mantenerse (aunque por un tiempo limitado). Eso se puede ver claramente cuando “desapareció” el hijo de Orfila, una de las moradoras del pueblo:

De esta suerte, una mañana, la señora Orfila, al preguntar a su hijo –que se devoraba el lóbulo izquierdo de la oreja– dónde había guardado no sé qué cosa, no obtuvo respuesta alguna. Y no valieron súplicas ni amenazas. Llamado el perito en desaparecidos sólo pudo dar con un breve montón de excrementos en el sitio donde la señora Orfila juraba y perjuraba que su amado hijo se encontraba en el momento de ser interrogado por ella. Pero estas ligeras alteraciones no minaban en absoluto la alegría de aquellos habitantes (PIÑERA, 2006, p.16-17).

Nada parece sorprender a la población, con tal que pueda continuar satisfaciendo su deseo de comer carne. También notamos en la cita una referencia a la pérdida de la audición, pues, como el hijo de Orfila se devoraba su lóbulo (y, su oreja), ya no iba a poder escuchar bien, y, tampoco, contestar a su madre.

Otro aspecto concerniente a la decadencia del ser humano es el arte; éste involucraría más el lado espiritual de los seres humanos, pero también decae, pues ni el bailarín del pueblo escapó del ansia carnal:

Uno de los sucesos más pintorescos de aquella agradable jornada fue la disección del último pedazo de carne del bailarín del pueblo. Éste, por respeto a su arte, había dejado para lo último los bellos dedos de sus pies (PIÑERA, 2006, p.16).

Tratándose de la simbología de los pies, éstos, como sustento del cuerpo humano, deberían llevar al hombre a alcanzar el cielo, después de la dificultosa jornada terrenal. Pero, como percibimos en el caso del bailarín, el hombre pierde todo su equilibrio, siendo su derrocada lo único que le resta.

De hecho se trataba de una jornada: de la vida a la muerte –del espíritu a la carne. Es un camino donde no hay salvación para nadie ni para nada, una vez que decaen las personas y todo lo que formaba parte de sus vidas.

6 CONCLUSIONES

Se hace posible pensar hasta qué punto lo que uno desea no le va a causar daño; hasta qué punto es válida la satisfacción momentánea, y eso no sólo pensando en algún “otro

mundo”, pero en las propias relaciones sociales. Cuando el hombre desea algo, puede dejarse cegar y no ver lo que pasa a su alrededor, de modo que a él ya no le importen las otras personas, como observamos en el cuento. La búsqueda desenfadada de autosatisfacción por parte de los personajes nos hace pensar que el modo como los seres humanos actuamos es muchas veces una aproximación a nuestra propia desgracia y decadencia. No podemos convivir en paz con nosotros mismos ni tampoco con nuestro prójimo y el mundo que nos rodea.

Por medio de la jornada mórbida narrada en el cuento, pudimos notar que una situación que sería considerada absurda en las leyes de lo “normal” fue la salida encontrada para que un pueblo resolviera su problema de falta de carne. Si se cree que no hay nada “más allá”, no hay mejor modo en quedarnos satisfechos que alimentándonos de nosotros mismos, o sea, nada más propicio que llevar a sus últimas consecuencias la vida terrena, y esa lógica puede ser percibida en el cuento; pero, lo que propusimos mostrar en este análisis fue cómo esa jornada en busca de la autosatisfacción por medio de la carne llevó precisamente al exterminio de la vida en todas sus dimensiones.

ABSTRACT: In this article we present an analysis of the short story “La carne”, written by the Cuban writer Virgilio Piñera. From the perspective of the Hebrew-Christian tradition, we interpret the text as a conflict between spiritual and carnal, through the decadent trajectory of a people who, faced with a situation of lack of meat, decide to feed on themselves. We intend to show, in three steps, the principle of decay, submission and perishing of population, who sacrifices themselves in order to accomplish their desire, without minding the consequences of their act: death, both moral and physical. For this, we based ourselves on religious symbols and biblical images and references present on the short story.

KEY-WORDS: Flesh. Decay. Sacrifice.

7 REFERENCIAS

AMELL, Diana Álvarez. **La carne: la política de la destrucción del cuerpo en la narrativa de Virgilio Piñera**. Recuperado el día 20 de abril de 2014, de <<http://www.habanaelegante.com/Fall99/Pasion.htm>>.

CHEVALIER, Jean. **Diccionario de los símbolos**. Barcelona: Editorial Herder, 1986.

COLUNGA, Alberto y MAXIMILIANO, García Cordero. El pentateuco. **Biblia comentada**. Madrid: Editorial Católica, 1960.

ESPINOSA, Carlos. **Virgilio Piñera en persona**. La Habana: Ediciones Unión, 2003.

FUSTER, Eloíno Nácar y COLUNGA, Alberto. **Sagrada Biblia**. Madrid: Editorial Católica, 1961. Recuperado el 28 de mayo, de <http://www.escriturayverdad.cl/BIBLIA/actualizacion1/BIBLIA/BIBLIAS/SAGRADA%20BIBLIA%20NACAR%20COLUNGA/6.pdf>.

MÚGICA, Cristina Pérez. “Muecas para escribientes”: reflexiones en torno a la cuentística de Virgilio Piñera. **Anales de Literatura Hispanoamericana**, v. 40, p.343-362, 2011. Recuperado el 17 de abril de 2014, de <http://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/viewFile/37417/36215>.

PIÑERA, Virgilio. La carne. **Cuentos fríos**. Ciudad de México: Editorial Lectorum, 2006. p.15-17.